

Este texto se refiere a la formación de los periodistas, específicamente a los vinculados al medio radial. Habla de las escuelas de comunicación y del papel de las mismas en relación con la preparación, de los aportes recibidos desde la práctica y de las demandas del campo profesional, reflexionando acerca de las formas de expresión adecuadas para llegar a los diferentes públicos.

LA CAPACITACION PARA COMUNICAR ¹

Cuando toca referirse a la formación de los periodistas, y más específicamente a los periodistas radiales, se hace necesario hablar de las escuelas de comunicación, del papel que a éstas les cabe en la preparación de gente para los medios de difusión colectiva.

Entramos así de lleno a una vieja cuestión que todavía no ha sido resuelta en muchos de los países de la región: ¿el periodista puede ser capacitado en la universidad o se hace en la práctica?

Cualquier posición extrema puede llevar a conclusiones erróneas y, sobre todo, a perder recursos más que necesarios para mejorar nuestro quehacer profesional. El periodista se hace en la práctica, imposible negarlo, pero si trae un buen bagaje universitario dicha práctica se enriquece.

Los anhelos de profesionalización de nuestro gremio han sido siempre fuertes. No olvidemos que las escuelas fueron fundadas en un comienzo por iniciativa de las asociaciones de periodistas que buscaban una jerarquización del oficio, una reconsideración del mismo por parte de la sociedad.

De hecho muchos establecimientos de este tipo nacieron ofreciendo cursos de actualización y de licenciatura a quienes venían desde años atrás trabajando en los medios. Hasta ahí las cosas anduvieron bien. Pero cuando comenzaron a salir aspirantes a ocupar plazas (las cuales no han sido nunca muchas), cuando las escuelas generaron discusiones sobre el valor de la práctica, comenzó el distanciamiento.

Me ha tocado presenciar fuertes enfrentamientos entre la universidad y los profesionales en algunos países de la región. Estos se quejan de la mala preparación de los aspirantes a acompañarlos en los medios, del olvido de sus necesidades concretas, de que nadie se acerca a ofrecerles apoyo. Las escuelas critican las maneras de hacer comunicación, se enfrentan a los medios, forman jóvenes con una actitud a menudo hipercrítica sobre las condiciones de desenvolvimiento de la profesión.

No hemos visto nunca surgir buenos resultados de esos choques. Hay un punto a favor de las escuelas: la práctica profesional no es perfecta, hay mucho por mejorar y corregir, es precisamente ésa la función de la universidad. Y hay también un punto a favor de los profesionales: con la simple crítica, con el conocimiento teórico, no se forma un periodista, la universidad debe acercarse al quehacer cotidiano para capacitar a sus estudiantes.

Veamos en primer lugar lo que pueden ofrecer las escuelas para la capacitación de sus estudiantes y luego las demandas desde el campo profesional.

Formación mínima

¿Qué debieran conocer, cómo tendrían que capacitarse nuestros jóvenes? Parto a continuación de un ideal, luego hablaremos de sus posibilidades:

- Capacidad de expresión.
- Capacidad de análisis de mensajes.
- Capacidad de moverse con soltura, con habilidad en los diferentes formatos.
- Conocimiento de la situación social en que se vive.
- Capacidad de realizar diagnósticos comunicacionales.
- Conocimiento de la estructura y funcionamiento de los distintos medios de comunicación, con sus implicaciones económico-sociales y sus posibilidades de uso.

No es casual el hecho de que haya colocado en primer término la capacidad de expresión. Quiero proponer a ustedes la recuperación de una palabra que muchas veces dejamos de lado. Me refiero al término oficio. Me refiero al oficio de expresarse, con todas las implicaciones que esto tiene en un sentido tradicional. Un oficio sólo se adquiría por la práctica, por la sostenida y cotidiana práctica. En periodismo, en comunicación, la inspiración pasa pronto y la práctica queda. Y en ese campo el tiempo perdido es irre recuperable.

Los comunicadores en general, y lo periodistas en particular, somos trabajadores del discurso, hemos elegido de por vida un instrumento riquísimo en posibilidades, pero no siempre logramos apropiarnos de ellas. Cuando apenas si asoma uno a esa riqueza, cuando no tiene una habilidad para expresarse con fluidez, las palabras se vuelven opacas, les falta fuerza, no aparecen cuando se las necesita. No hay nada más triste que un estudiante de comunicación que no sabe cómo expresarse. Sí, sí hay algo más triste: un periodista que tiene dificultades para hacerlo.

La Universidad puede aportar mucho en ese sentido. Si se la piensa a fondo, toda ella está dedicada al trabajo discursivo, sea en la carrera que sea. Dispone de herramientas, de investigaciones sobre el lenguaje y sus potencialidades, aunque a menudo no llegan a concretarse en la práctica pedagógica.

Para alguien dedicado a expresarse en forma cotidiana, el discurso debe convertirse en algo transparente. Pero no siempre sucede así. No hay nada peor que un profesional del discurso incapaz de reconocer lo que realmente dice, de analizar a fondo sus propias palabras para evaluar si está comunicando algo contrario a su intencionalidad inicial. El discurso encierra a menudo significados segundos que es preciso identificar y analizar. En los últimos 20 años se ha avanzado mucho en técnicas de lectura crítica de mensajes y ellas en muchos establecimientos educativos forman parte de la formación.

De lo que no estoy seguro es de su aplicación en la práctica profesional. He tenido oportunidad de analizar programas con sus autores y los mismos, ante la evidencia de terribles estereotipos, han terminado por afirmar: "no me había dado cuenta". Muchas veces con la mejor intención, con toda la honestidad del caso, se maneja un discurso plagado de segundos mensajes y su autor, su propio autor, no es consciente de los mismos.

Las escuelas han trabajado mucho en técnicas de análisis. En nuestros países se cuenta ya con una buena cantidad de textos teóricos y manuales para llevar adelante esa práctica. Pero no siempre la misma ha sido puesta al servicio de los periodistas en ejercicio.

El conocimiento de los formatos, la fluidez en el uso de los mismos, es vital para cualquier comunicador que se precie de serlo. Un buen reportaje, una buena crónica, necesitan de una rica preparación y la misma no se adquiere de un día para otro.

A menudo la práctica cotidiana fuerza a los periodistas a quedar anclados en algún formato, casi siempre el que menos trabajo exige. En ese sentido las escuelas tienen mayores posibilidades de aportar a la capacitación. Es decir, no siempre la práctica periodística, y sobre todo en el medio radio, es todo lo rica que uno quisiera en lo que a utilización de diversos formatos se refiere.

Aquí se nos plantea una paradoja por demás interesante: el periodista, presentado a menudo como un investigador de la realidad, no es un investigador de la comunicación. No es ni tiene por qué serlo. Pero sucede que su práctica requiere de apoyo de investigación para corregirse, reorientarse, mejorar.

El estudio de los formatos y de sus posibilidades, el análisis de las consecuencias de cada uno para una buena comunicación, de la especialización de los mismos según se trate de un público rural o urbano, es tarea de la universidad, es un apoyo que la misma puede ofrecer a los comunicadores en ejercicio.

El conocimiento de la situación social en que se vive, del lugar donde se está parado, es vital para cualquier aspirante a comunicador. Sin duda en esto la universidad puede aportar información preciosa sobre la vida, la historia y la cultura de un país. Uno de los excesos que todavía se comete es el de confundir esa necesidad de formación con inyecciones feroces de información sobre toda la historia y la cultura universales.

Así, el estudiante es sometido a datos que van desde el paleolítico hasta la guerra del Golfo, de los filósofos presocráticos hasta los postmodernos, de las pinturas en las cuevas de Altamira hasta el arte contemporáneo... Aquí se desliza un equívoco por demás perjudicial: el hacer sinónimos el conocimiento de la propia realidad con la información de toda la realidad.

No se trata de cantidad de información sobre la propia situación social sino de herramientas de comprensión e interpretación de la misma. No se trata de datos sino de lectura en profundidad. Lo otro es apenas un barniz cultural que eventualmente puede servir para charlar un rato o para hacerse ver en alguna

reunión. Pero la práctica periodística requiere de una formación para leer en profundidad los fenómenos, para comparar y relacionar.

Es así como entiendo la formación humanística del comunicador: una capacidad de comprender los hechos sociales, de poner en primer término al hombre y no al espectáculo, de partir de valores de solidaridad, de respeto, de reconocimiento de las diferencias en el seno de la respectiva cultura. Conocer la propia situación, pero hacerlo desde una sensibilidad social, desde una capacidad de sentir a los otros en toda su riqueza y sus contradicciones.

Señalé antes que el periodista no es en general un investigador de la comunicación. Inmerso en ella como en su medio ambiente, su pasión es por el desarrollo de procesos sociales, por las formas en que se entrecruzan los intereses de los diferentes grupos, las argucias del poder..., y todo eso se hace desde la comunicación como algo dado, como parte del propio ser.

A las escuelas les cabe la tarea de investigar la comunicación y de formar gente capacitada para hacerlo. Aquí se ha producido otra ruptura perjudicial: los comunicólogos y los comunicadores. Los primeros son los estudiosos del tema, los segundos quienes se dedican a producir mensajes. Nunca estuve de acuerdo con esa división. Alguien, en nuestra profesión, puede llegar a comunicólogo si y solo si es primero un buen comunicador. De lo contrario caemos en el error de pretender formar a un director de orquesta incapaz de tocar ningún instrumento.

Cuando una escuela logra la formación completa, cuando ofrece a la sociedad gente bien capacitada en el manejo discursivo y a la vez con una clara percepción de lo comunicacional y con herramientas para investigarlo, está cumpliendo con un perfil apto para trabajar no sólo en los medios sino también en otras instancias de la sociedad. Porque lo comunicacional no se agota en los medios. Se hace comunicación también en instituciones públicas y privadas, en organizaciones sociales, en pequeñas empresas productivas.

Me refiero a la capacidad de elaborar diagnósticos comunicacionales, de leer desde la comunicación procesos sociales y procesos institucionales. No desarrollaré esta propuesta aquí, porque nuestra reflexión se orienta hacia la práctica periodística y más específicamente al periodismo radial, pero siempre es bueno recordar esa posibilidad de formación.

El conocimiento de la estructura y funcionamiento de los distintos medios de comunicación, con sus implicaciones económico-sociales y sus posibilidades de uso es vital para cualquier comunicador. En la reunión del sábado anterior se habló, por ejemplo, de los aspectos legales de la profesión, desconocidos por muchos periodistas. Hay a menudo una visión ingenua de los medios, se entra a trabajar en ellos y no se conoce todo lo que significan en la sociedad y todo lo que pesa sobre ellos, tanto para controlarlos como para protegerlos.

Tales temas han sido investigados en casi todos los países de la región por las escuelas y facultades, aun cuando los productos de esos esfuerzos no han llegado siempre a los profesionales. Esto nos pone, dicho sea de paso, en otra línea de problemas: ¿cómo comunica la universidad sus productos a los interesados, a quienes enfrentan día a día la práctica? No es mucho el esfuerzo

en ese sentido, en general ricos análisis quedan guardados en las bibliotecas, como por ejemplo las tesis de licenciatura.

Una buena comprensión de los medios incluye aspectos legales, tecnológicos, sociales, económicos, entre otros. He podido apreciar una tendencia a la crítica acérrima de los medios en no pocos países, a la descalificación en bloque de los mismos, sin dar lugar a una comprensión más fría, a una lectura de todos sus defectos y virtudes.

Si una universidad pudiera capacitar en esos cinco puntos (expresión, análisis de mensajes, manejo de formatos, conocimiento de la situación social, capacidad de diagnosticar comunicación y comprensión de todo lo correspondiente a los medios en nuestra sociedad) ofrecería un buen aporte a la profesión, y de hecho así ocurre en algunos países.

Sin embargo, no siempre sucede eso y las escuelas oscilan entre propuestas demasiado teóricas (aclaro: no descalifico de ninguna manera el valor de la teoría para la práctica, aludo a situaciones en las que el estudiante aprende mucho sobre la sociedad y la comunicación y termina por no saber redactar un simple mensaje) y otras en las que la práctica consiste sólo en producir sin casi ninguna base teórica y mucho menos humanística.

El medio radio

Cercado por el peso de la tradición de los medios impresos y por el avance arrollador de la televisión, el medio radio ha sido el menos trabajado en las universidades. Apenas unas materias, apenas alguna práctica de taller y la producción, cuando la hay, de unos pocos programas, muestran una cierta indiferencia por ese espacio que aparece como de menor importancia dentro del campo profesional. Y sin embargo, en muchos países se trata del sistema más difundido, sobre todo en zonas rurales.

Nuestra experiencia en Radio Nederland nos ha permitido reconocer la poca atención que se le presta a la comunicación radial en las casas de altos estudios. Los mismos jóvenes vienen predispuestos contra esa posibilidad laboral, encandilados por la vieja prensa o por los fuegos de artificio de la televisión. No hago más que señalar un hecho, no pretendo acusar a nadie, las tendencias han sido así y es muy difícil negarlas, a pesar de ricas excepciones.

Esto se agudiza más cuando se trata del periodismo radial en el campo. La mayor parte de las investigaciones realizadas, de los pocos materiales que circulan, han sido producto del trabajo de instituciones de apoyo al desarrollo (como ALER, UNDA-AL, por ejemplo) y no de las universidades. Sin duda la vocación de estas últimas es la ciudad, hacia ella se dirigen los estudios y la formación.

Casi siempre el estudiante se decide por la radio cuando no ha podido abrirse camino en otros medios y lo hace un tanto a regañadientes. Y si le toca aprender para cualquier práctica, aquí el esfuerzo suele ser mayor porque no suele traer una capacitación para los distintos formatos radiales.

Y como a la vez las universidades se desentienden en gran medida de esa línea de trabajo, el medio radio aparece como el menos favorecido por el desarrollo de la comunicación, tanto en sus aspectos teóricos como prácticos. Insisto en no acusar a nadie, en señalar sólo tendencias dentro de nuestros países.

El ejercicio de la profesión

¿Se queda la universidad sólo en la formación de estudiantes? ¿O le toca ocuparse también de apoyar a quienes han accedido a la profesión sin pasar por sus aulas? En algunos países la desvinculación de las escuelas con respecto al medio laboral suele ser muy grande y a menudo se producen choques que a nadie benefician. Un acercamiento, una buena relación, posibilitan a los profesores referentes prácticos para alimentar su enseñanza y a la vez abren caminos al ofrecimiento de cursos de actualización y capacitación a los profesionales.

Preciso es reconocer que dicha relación era más fuerte años atrás. Pero, en honor a la verdad, no podemos culpar del distanciamiento sólo a las universidades. En no pocos casos los profesionales han idealizado demasiado su práctica y se han resistido a las críticas, a los aportes teóricos.

En tiempos como los actuales cualquier división, cualquier separación no beneficia ni a los estudiantes ni a los profesionales, y mucho menos cuando se piensa en un medio como la radio.

¿Qué podrían ofrecer las escuelas a los profesionales en ejercicio? En una aspiración al ideal diremos: todos y cada uno de los cinco puntos correspondientes a la formación de los estudiantes. Ningún periodista deja de necesitar recursos para mejorar su expresión, para leer en profundidad sus mensajes, para profundizar en su propia situación social, para apropiarse de las posibilidades de los formatos, para leer situaciones de comunicación y para captar todas las implicaciones de los medios en la sociedad.

Como lo ideal es acercarse al ideal, podemos pensar en talleres cortos, adaptados a las posibilidades de los profesionales, en sistemas de educación a distancia, en encuentros regionales y nacionales e incluso, como ya se ha hecho en Guatemala y en otros países, en la oportunidad de acceder a un título universitario a través de un currículum adaptado a las necesidades de la gente de prensa.

Si eso se diera, ¿qué podría ofrecerse a quienes trabajan en zonas rurales? No tengo muchas respuestas a esa pregunta. No conozco a fondo las específicas condiciones del medio rural guatemalteco, y mucho menos de sus radioemisoras, como para opinar con alguna soltura.

Pero puedo traer algunas referencias de otros países, sólo con ánimo de abrir espacios a la reflexión.

Mucha práctica periodística en el medio rural se apoya en la urgencia de decir algo, a menudo sin darle la importancia suficiente al cómo decirlo. Una de las mayores necesidades, de la cual a veces no son conscientes ni los propios comunicadores, es la de profundizar en el conocimiento y uso de los formatos radiofónicos, sobre todo para adaptarlos lo mejor posible a los diferentes ámbitos culturales en los que se trabaja. La tendencia es a darle excesiva importancia el contenido de la información y no a las maneras de presentarla.

Al respecto, afirma Amable Rosario:

"El afán de entender la educación de manera tradicional, nos ha llevado a trabajar los programas educativos y culturales, sin atender los espacios tradicionales de la radio. En este sentido, hemos realizado programaciones incoherentes, pesadas, mal elaboradas, con grandes lagunas... ". Tomado de *La emisora popular: tres formatos educativos*, Chasqui, CIESPAL).

Una segunda cuestión corresponde a la capacitación discursiva. ¿Cuáles son las formas de expresión más adecuadas para llegar a públicos tan diferentes de los de la ciudad? Para lograr tal capacitación hay muchos caminos, sin duda, como por ejemplo el aprender a escuchar, el ejercitar la propia percepción en el contexto en que se está inserto. Pero la universidad puede aportar investigaciones sobre los hábitos perceptuales de los destinatarios, sobre sus formas de expresión, sobre sus ritmos de atención y de aprendizaje. Es indudable que el ritmo neurótico de los noticieros más difundidos en nuestros países no se corresponde con las características de amplios sectores del medio rural.

Una tercera corresponde a las cuestiones sociales y culturales. Se trata de la actualización para comprender mejor la dinámica del medio rural en su relación con el desarrollo general de un país, sobre todo en estos tiempos actuales de tanto viraje en asuntos económicos fundamentales. El periodista de la ciudad tiene muchas más oportunidades de información, sea por la cantidad de fuentes a las que puede acceder o por la variedad de personas con las que se cruza a diario. En el interior del país ello es más difícil, no sólo por falta de contexto urbano sino también por carencia de recursos para adquirir información.

Una cuarta, en fin, corresponde al reconocimiento y el trabajo en el terreno de la comunicación educativa. Sobre este tema se ha escrito mucho y pueden aprovecharse ricas experiencias desarrolladas en nuestros países. Pero no siempre la información llega a los puntos donde se la necesita.

Esfuerzos conjuntos

Las universidades tienen una responsabilidad ante sus estudiantes pero también ante la profesión a la que envían a sus egresados. Es imposible desentenderse de cualquiera de esas vertientes. A su vez, los profesionales en ejercicio tienen una doble responsabilidad: con su propia capacitación y con los destinatarios.

En épocas de crisis como las actuales cualquier intento de sumar será siempre preferible a separaciones y a rupturas. En realidad, universitarios y profesionales tienen un primer compromiso: con la sociedad. Para cumplirlo ninguna capacitación, ningún esfuerzo de actualización será nunca suficiente. Se trata de pasar a una forma de trabajo que proponía don Simón Rodríguez: el interaprendizaje. Todos podemos aprender de los demás, siempre que se coordinen esfuerzos y se venzan prevenciones por demás dañinas para el enriquecimiento de la formación de los estudiantes y de la práctica profesional.

Daniel Prieto Castillo
Guatemala, 14 de Octubre de 1991

¹ Seminario sobre Radioperiodismo e Información.